

cificado, de cuyo sepulcro salen misteriosos resplandores, que revelan su gloria venidera y la gloria sempiterna del que momentáneamente yace en él. Predicho está que ha de ser glorioso su sepulcro (1).

Decidle al pretor romano que ese Nazareno que habeis muerto hoy entre él y vosotros, es posible que resucite, ó que digan sus discípulos que ha resucitado. Poed ahí guardia, no de soldados romanos, que no se prestan para ese servicio, sino de la cohorte de esbirros que os sirve para vuestras maldades. Vuestra conciencia os dice que va á resucitar en breve, y durante el reposo del sábado no reposará vuestra conciencia ni cesarán vuestros remordimientos.

XXXVII.

DE LA RESURRECCION A LA ASCENSION DE JESUS AL CIELO.

Si los escribas y fariseos no desconocian que Jesus habia predicho su asesinato y su resurreccion (2), tampoco la ignoraban los Apóstoles y sus discípulos (3); tampoco podia olvidar la Virgen tan buena noticia, tan halagüena esperanza. Entonces, ¿de qué se afigia? entonces, ¿á qué planir tanto su triste soledad y su agonía y sus ansiedades? Y ello no tiene duda de que su dolor fué grande: lo dice la Iglesia, lo expresan las revelaciones de almas santas á quienes lo narró ella misma, lo aseguran todos los escritores místicos y piadosos, y lo preconizan los oradores sagrados.

Con la misma razon podriamos preguntar, ¿por qué se apuró tanto Jesus en el huerto al principiar su pasion dolorosa? y ello es que llegó hasta el punto de pedir á su Eterno Padre que pasara de Él aquel caliz, y hasta el extremo de sudar sangre, padecer un deliquio en angustiosa agonía y necesitar el ser confortado por un Ángel. Además, la pasion habia de durar solamente diez y seis horas, y luego en pos de la muerte la victoria, la bajada triunfal para aterrar los antros del Averno, las aclamaciones de los redimidos, la llegada al cielo con toda la santa falange de los patriarcas, profetas, santos y justos, desde Adán á San José inclusive. Aquel triunfo que habia visto David en éxtasis y pintado con patéticos colores. Jesus Dios y Hombre subiendo del Averno y llegando á los muros diamantinos de la Jerusalen celeste, cuyas puertas de zafiro están todavia cerradas, y donde los ángeles con flamigeras espadas miran desde las almenas.

(1) *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* (Isaias cap. XI, v. 10).

(2) Los judíos le dicen á Pilatos: *Domine, recordati sumus quod seductor ille dixit adhuc vivens post tres dies resurgetur.* (San Mateo, cap. XXVII, v. 63.)

(3) A los apóstoles dice de un modo terminante la traicion que le amenazaba, su pasion con todas las circunstancias de irrisión, flagelacion y muerte, y por fin su resurreccion al tercero dia.—*Ecce ascendimus Jerusalem, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis, et condemnabunt eum morte..... et tertia die resurget.* (Idem, cap. XX, vers. 18 y 19.)

¿Qué Cesar romano subió al Capitolio por la Via Sacra con tan poderoso ejército ni tan brillante y esplendorosa comitiva? Allí van muchos Reyes, David, Josafat, Ezequías; allí van sumos sacerdotes con un efod más brillante que el Racional antiguo; allí Moisés, Aaron, Samuel, Zorobabel, los grandes caudillos de los ejércitos del Señor, Josué, Jonatás, los Macabeos, y todos ya radiantes de júbilo y de gloria, que á vista de las puertas cerradas gritan á los Angeles:—«¡Levantad esos rastrillos, Príncipes del cielo, bajad los puentes, que viene aquí el Rey de la Gloria triunfante del infierno y de todos vuestros enemigos (1).»

¿Ignoraba Jesus este triunfo al angustiarse hasta el punto de que brotara la sangre por los poros de su cuerpo? Ni lo ignoraba ni lo podia olvidar; y ello es que lo padeció y lo sufrió. Y si tal y tanto pasó el Hijo antes de morir, ¿qué extraño es que pasara tal y tanto la Madre despues de muerto éste, á pesar de no ignorar la profecía de la Resurreccion y no poder olvidarla?

Dios dispone de la memoria de los hombres como de su voluntad sin perjudicar al albedrío. Si la memoria de la muerte estuviera siempre presente al hombre con la viveza con que algunas veces se presenta, ¿quién tendria gusto para nada de la tierra? Mas Dios permite para la propagacion del género humano y satisfaccion de las necesidades de él, que la memoria de las postrimerías quede por lo comun como embotada y entumecida, pero encargando se medite con frecuencia sobre ellas para despertador saludable del alma y de la conciencia.

El olvido de las palabras de Jesus por parte de los Apóstoles, su incredulidad, su abatimiento en este punto, son tan chocantes, que apenas se comprenden. No una, sino varias veces les habia dicho que habia de resucitar al tercero dia, y con todo ni lo creian ni lo esperaban, y despues de anunciar la resurreccion del Señor las mujeres, todavia no la creen, sino que por el contrario, en vez de alegrarse y recordar con júbilo el cumplimiento de lo prometido, se echan á temblar. Hay hasta ridiculez en la grosería de los Apóstoles en aquellos momentos, y esta nos demuestra cuán incapaces eran en lo humano, y sin la asistencia especial divina, de hacer lo que despues hicieron.—«Nosotros esperábamos que habia de redimir á Israel. Y despues de todo esto estamos hoy en el tercer dia despues de su muerte. Y es lo bueno que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han asustado, pues habiendo ido al sepulcro ántes de amanecer, y no habiendo hallado su cuerpo, han venido diciendo que han visto unos ángeles, los cuales dicen que está vivo. (2)»

¿Estaba con ellos la Virgen María? Yo creo que no (3). Sobre que el Evange-

(1) Salmo 23: *Atollite portas, Principes, vestras.....*

(2) *Sed et mulieres quaedam ex nostris terruerunt nos.* (San Lucas, cap. XXIV, v. 22.) Cosa rara! El cumplimiento de la profecía que debiera alegrarlos les causa miedo. Tal era su rudeza y tan escasa su fé.

(3) Orsini supone que la Virgen María fué al Calvario con las tres Marías Magdalena, Salomé y Cleofás, y supone tradicion sobre esto. «Sgun la tradicion, María se hallaba entre estas santas mujeres.» Pero la tradicion supone todo lo contrario.

El haber en el santo sepulcro una capilla que representa la aparicion de Jesus á María, ha hecho popular el rumor de que allí apareció á esta. Pero, sin rebatir esa piadosa credulidad, tampoco es fácil de admitir semejante tradicion. Creo más bien que mientras las santas mujeres corrian presurosas hácia el sepulcro, la Madre del Salvador habia gozado ya, ó estaba gozando de la presencia gloriosa de su Hijo resucitado.

lio no lo dice, hay razones muy poderosas para creer lo contrario. No podía la Madre de Jesús adolecer de la incredulidad de los Apóstolos y de las santas mujeres. El dolor de María era distinto del de las santas mujeres, reconocía otras causas. El dolor de ellas era más humano, por decirlo así. Van á ungrir á Jesús porque quieren ver sus restos mortales otra vez, con cariño pero con femeníl curiosidad; despedirse de él y dejarle allí para siempre. ¿Puede María dejarse llevar de ese amor humano é imperfecto, con incierta fé y vacilante esperanza, dadas sus eminentes virtudes, su sólida fé y la grandeza de su alma? Yo creo rebajado su carácter poniendo su amor al lado del amor de la Magdalena y de María Cleofás. El dolor de María es de la clase del que padecen estas almas puras y santas, que al meditar en la pasión de Jesús y en su dolorosa muerte, agonizan de pena, padecen deliquios y fuertes desmayos, y vierten torrentes de lágrimas, que apenas pueden mitigar su dolor ni las ansias de su corazón dolorido. Preguntad á esas almas puras y benditas por qué lloran si saben que Jesús ha resucitado y que está en los cielos. La respuesta que os den es la respuesta acerca del dolor intenso que padecía la Madre del Salvador, cuando este como buen Hijo vino á visitar á su Madre con su primera aparición, con su primera visita. ¡Amor con amor se paga (1)! No había amor á Jesús, ni lo ha habido, ni lo habrá como el de María. ¿Qué vale el amor de la Magdalena, pecadora arrepentida, con el amor de la Virgen inmaculada y pura, y por añadidura Madre? Y si ese era el amor de la Madre, ¿cuál debía ser el de Jesús, si amor con amor se paga? No puedo ni aún concebir que Jesús dejase de hacer á su Madre la primera visita después de su resurrección (2), y creo que no habrá madre ni buen hijo que no opinen conmigo.

Sobre todo esto tengo para opinarlo así el testimonio, para mí irrecusable, de Santa Teresa de Jesús, que expresa esta aparición con frases tan sencillas y tan sentidas como ella sola sabía escribirlas, ¡ella tan verídica, ella tan amante, ella tan mujer de bien (3)! Después de referir los favores celestiales que recibió de Jesús un día habiendo comulgado, añade:—«Dijome que en resucitando había visto á Nuestra Señora, porque estaba ya en grande necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aún no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Por aquí entendí este otro mi traspasamiento bien diferente. Mas ¿cuál debía ser el de la Virgen? Que había estado mucho con ella porque había sido menester harto consolarla.»

(1) Así dice un antiguo refrán, el cual, por vulgar que sea, no deja de tener mucha expresión.

(2) Augusto Nicolás, escritor tan respetable, niega la aparición de Jesús á su Santísima Madre. Su capítulo es magnífico (cap. XX), pero no solamente no convence, sino que abate y descorazona. Fundar en la gran fé de María el disfavor de Jesús es fundar en falso: no hay conexión entre esos extremos, y su narración pugna con la tradición. Entre esos racionismos inconexos del célebre escritor francés y el dicho de Santa Teresa, que asegura la aparición de Jesús á su Madre, la elección no es dudosa: estoy por Santa Teresa.

Además ¿qué necesidad tenía Augusto Nicolás de dar tanta importancia al argumento negativo, de tan escaso valor en la crítica histórica? El Evangelio no habla de aparición de Jesús á María, luego no se apareció á María. Falsa consecuencia. 1.º Porque sabemos que el Evangelio no lo dice todo; y así lo afirma San Juan en su Evangelio. 2.º La Virgen María era reservadísima en sus cosas. 3.º Las apariciones de Jesús á las mujeres y los apóstoles, eran necesarias, y necesario el divulgarlas, pero la aparición á su Madre Santísima no hacía falta que se propalase.

(3) El célebre P. Bañez, hablando de ella, decía «que la M. Teresa era mujer de bien.»

«La frase enérgica y sencilla de Santa Teresa en esta revelación, es digna de estudio: en resucitando, equivale á decir luego que resucitó (1). «Que aún no tomaba en sí.....» de modo que su desfallecimiento y desmayo eran tales, que estaba casi privada de sentidos: luego ni su cuerpo ni su alma estaban en disposición de ir al sepulcro con las santas mujeres, á las que vulgarmente se suele llamar las tres Marías. «Qué había estado mucho con ella:» así se comprende en el gran cariño del Hijo á la Madre y de la Madre al Hijo, y añade la razón de que para reponer sus fuerzas físicas y morales profundamente abatidas y desfallecidas «había sido menester harto consolarla.» Creo que después de llamar la atención sobre esta revelación de Santa Teresa de Jesús, cuyo testimonio es hoy acatadísimo en la Iglesia, cuya veracidad nadie duda (2) como tampoco de la autenticidad de sus escritos y revelaciones, no habrá ningún católico que dude ya de la aparición de Jesús á su Santa Madre en el cenáculo, y haciéndole su primera aparición en el retiro de su aposento, y al punto de su Resurrección.

María permaneció en Jerusalem con las santas mujeres, según la opinión más corriente, aunque los Apóstoles regresaron á Galilea. ¿A qué había de ir á Nazareth, donde sus compatriotas habían querido también asesinar á su hijo? Allí en Betania estaban las santas hermanas Marta y María; la Señora del castillo de Magdalo era rica y tendría á mucho gusto y á mucha honra mantener á la Madre de su Salvador, en los tenués gastos de su parca y austera, más que modesta vida. Ni sus manos acostumbradas al trabajo estarían ociosas, que la santa meditación se complace bien con la laboriosidad.

Juan, discípulo de Jesús, el nuevo hijo de María, sustituido por aquel, pescaba á orillas del lago de Tiberiades con San Pedro y otros nueve Apóstoles: él mismo lo refiere (3). La prudencia lo aconsejaba así por entonces hasta que trascurrido más de un mes se hubiera calmado la rabia de los perseguidores y olvidado algún tanto la memoria del crimen por ellos perpetrado. Pero los Apóstoles y los discípulos y las santas mujeres vuelven á congregarse en la casa donde habían celebrado la Pascua con Jesús, y que por tener un gran comedor, ó cenáculo, designaban con este nombre de *cenáculo* retóricamente. De allí los sacó hácia Betania y al monte Olivete (4) testigo de su dolorosa y cruenta agonía cuarenta días ántes. Que María estaba en Jerusalem con los discípulos lo acredita el hecho de hallarla con ellos en el cenáculo algún tiempo después, cuando el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles. Que asistiera á la Ascension de su Hijo Jesús al cielo desde el monte Olivete no lo dice la sagrada página. Pero ¿puede dudarse? ¿No había de ser testigo de

(1) San Ambrosio, Padre del siglo IV, y uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia, supone también que Jesús, no solamente se apareció á su Madre, sino que fué la primera á quien se apareció.

Lo mismo consigna Sedulio en su poema y lo citan los escritores como general opinión entre los cristianos. (Orsini, Vida de la Virgen, notas al libro 17.)

(2) En la edición de las obras de Santa Teresa de Jesús por Rivadeneira, t. I, página 156, col. 2.ª, donde se inserta esta revelación y se dice su procedencia, se imprimió erradamente hasta por harto.

(3) Evangelio de San Juan, cap. XXI, v. 7.

(4) El Evangelio de San Lucas, cap. XXIV y último, v. 50, dice: *Eduxit autem eos foras in Bethaniam.*

En los Hechos de los Apóstoles, cap. I, v. 12, cuenta más detalladamente la Ascension y el regreso del monte Olivete.—*Tunc reversi sunt Jerusalem á monte qui dicitur Oliveti.*

su Ascension al cielo la que habia sido testigo de su dolorosa y horrible elevacion en la Cruz? Y aún así, este triunfo glorioso de la Humanidad santísima y visible de su Hijo ¿no era para ella un nuevo dolor, pues no volveria á verla en la tierra (1)? Cuando el piadoso vate español Fray Luis de Leon, pone en boca de los Apóstoles aquellas doloridas frases:

¡Y dejas Pastor, Santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro...
de soledad y llanto.....!

¿cuánto más sentidas y tiernas pudiera ponerlas en boca de la Santa Madre del Salvador? ¡Y dejas, Hijo mio querido, á tu pobre, viu la y desamparada Madre en este valle de profunda miseria, donde ya para mí no habrá más que oscuridad y llanto, pues me falta la luz de tu mirada, que alumbró siempre á mis ojos? ¡Oh, era demasiado grande mi dicha para que pudiese dudar! La que ántes era bienhadada, la que el Angel llamó llena de gracia y favorecida con la estancia del Señor en ella, ahora se halla triste y affigida, tanto más triste y affigida cuanto mayor es la pérdida que sufre, pues si lloran y quedan mustios y abatidos los Apóstoles y discípulos criados á los pechos de su santa caridad y santa doctrina, ¿cuánto lloraré yo que te crié á mis pechos por destinacion del Altísimo?

XXXVIII.

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO: MARIA EN LA IGLESIA COMO ORACULO DEL EVANGELIO.

Con el regreso de los Apóstoles desde el monte Olivete, va unida la noticia de su estancia en el cenáculo en union con las santas mujeres, y entre estas indudablemente y como punto de fe la estancia en Jerusalem, en el cenáculo y con los Apóstoles, de la Santa Madre de Jesus. Por esta vez no hay que refutar el débil argumento negativo, fundado en el silencio de la Escritura Santa.

Esta, por el contrario, nos presenta á la Santa Madre de Jesus orando en el cenáculo con los Apóstoles y las santas mujeres. «Volvieron á Jerusalem desde el monte llamado Olivete, que dista de aquella ciudad los mil pasos que se pueden andar el sábado. Y habiendo entrado en el cenáculo subieron al paraje donde solian estar Pedro y Juan, Diego y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo de Alfeo, Simón el celador y Judas de Diego. Todos estos estaban allí per-

(1) Esto es, en la forma corporal y materialmente visible que ántes de su muerte.

Santa Teresa en el pasaje de la revelacion citada dice estas palabras muy notables:—«En algunas cosas que me dijo entendí, que despues que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con nadie.»

severantes de consuno en la oracion; juntamente con las santas mujeres, y Maria la Madre de Jesus y sus parientes» (1).

Así reunidos y en santa oracion esperaban la venida del Paraclyto ó consolador, que les habia ofrecido enviarles, y cumplian el mandamiento de no marcharse de allí, sino de esperar la venida del Espíritu Santo que tendria lugar dentro de pocos dias.

La tradicion representa siempre á la Virgen Maria, lo mismo en pinturas que en discursos evangélicos, presidiendo á los Apóstoles y demas fieles, colocada en medio de ellos en el momento de venir el Espíritu Santo en forma de fuego y precedido del fragor de un viento huracanado.

Aunque el Evangelio no lo hubiera dicho podíamos muy bien conjeturar que la Virgen Maria estuviera con los Apóstoles al tiempo de la venida del Espíritu Santo; pero vale más que conste y que lo sepamos de un modo fijo é indudable. De aquí inferimos tambien su ulterior presencia al lado de los Apóstoles, su asistencia especial en medio de la Iglesia naciente y la asistencia especial de un Apóstol, el predilecto de Jesus, el joven Juan su pariente, para el cuidado especial de su Santa Tia, convertida en Madre. La tradicion supone á San Juan desempeñando este santo ministerio y dándole diariamente la comunión eucarística, único consuelo de su alma amante y pura. Si las almas santas que diariamente se acercan á la sagrada Mesa no pueden pasar sin el pan de vida, y padecen mortales ansias cuando se les priva de él, ¿qué sucederia á la Santa Madre del Salvador? ¿Ha tenido ninguna de ellas á Jesus el cariño santo, puro y ardiente de Maria? ¿Ha tenido ninguna de ellas la pureza y las virtudes de la Virgen sin manella? Pues ¿cómo podria ésta dejar de recibir diariamente el cuerpo y sangre de su Hijo, renovando en sí el suceso más grande de su vida y el acontecimiento más glorioso é importante del género humano, el de la Encarnacion?

Pero despues de esas palabras de San Lucas, últimas que la revelacion nos dice acerca de Maria, ésta vuelve á quedar sumergida en la profunda oscuridad de su vida, no tanto privada cuanto escondida, oscuridad bendita, que era su anhelo y su delicia; la oscuridad santa en el templo, en Nazareth, en Egipto y en el taller de su esposo; oscuridad santa á que han aspirado y aspiran siempre las almas puras, que como olla viven sumergidas en las luces celestiales de la gracia y el amor divino, y alejadas de los placeres y consuelos de la tierra que les dan hastio.

Pero este ascetismo sublime no es indolente ni egoista, hace el bien sin sentir que lo hace, y como el nardo, planta pequeña pero de suave y penetrante aroma, deja sentir su fragancia al visitar el Rey de los Reyes el aposento de la Virgen (2).

Maria en la Iglesia es la Evangelista de los Evangelistas. ¿De dónde sabe San Juan algunos de los altos misterios que en lo relativo á Jesus explica como el primer teólogo de la Iglesia? ¿De dónde sabe San Lucas lo que narra como primer historiador de ella, y sobre todo los tiernos y sublimes pormenores acerca de la Encarnacion? Maria era la única persona que podia decirlos y que de hecho debió decirlos, sin perjuicio de la reconocida é innegable inspiracion del Espíritu Santo.

(1) Cap. I de los Hechos de los Apóstoles por San Lucas.

(2) *Dum esset Rex in accubitu suo, nardus meus dedit odorem suavitatis.*

La Santa Iglesia aplica á la Santísima Virgen estas palabras de altísima significacion mistica en su oficio parvo.

«Cuatro son los Evangelistas que reconoce la Iglesia como tales: San Mateo narra lo que ha visto como testigo presencial, como uno de los Apóstoles escogidos; San Marcos es compendiador de San Mateo, y habla también como testigo presencial de muchas cosas. Pero San Lucas que narra con especialidad todo lo que se refiere á la Virgen Madre, ¿de dónde podía saberlo que había sucedido en el acto de la Encarnación del Verbo, y el diálogo entre María y el Arcángel, si aquella no lo hubiera referido en honor de éste? Con razón, pues, llama nuestro gran Padre y compatriota San Ildefonso á la Virgen María «la Evangelista de Dios, bajo cuya dirección fué educado el infante Dios (1).»

Y no se diga que la inspiración divina y la superior enseñanza de la revelación directa del Espíritu Santo excluye los medios humanos, y la tradición humana, aunque sea la de la Virgen. Esto no es cierto; no está en la economía divina, que si obra hácia el fin con energía, lo dispone todo suavemente, y aun al obrar á lo divino no excluye el medio humano. Por boca de Isaías habla á lo cortésano y erudito, por boca de Baruch habla á lo pastor y rudo, y con todo, en uno y otro caso es el Espíritu Santo el que habla, á la manera que el viento que sale por las trompas de un órgano suena agudo ó grave según el cañón por donde sale, siendo igual el aire en el uno que en el otro. Los mismos Apóstoles, y sobre todo San Pedro y San Juan, testifican siempre lo que han visto. Os anunciamos la palabra de vida que hemos visto por nuestros ojos y tocado con nuestras manos. ¿Qué extraño es si el mismo Jesucristo les había dicho que habían de ser testigos suyos en lo que habían visto (2). Pero San Lucas no habla como testigo presencial sino de referencia y de escrupulosa investigación humana. Expresa que cuando él escribía habían escrito ya otros muchos, pero con todo, añade:—«Me ha parecido también á mí escribirtelas por su orden, ó bien, Teófilo, tal como pasaron desde el principio hasta el fin, después de haberme informado escrupulosamente (3).» ¿Quién le había contado á San Lucas ni le podía contar el misterioso acontecimiento de la Anunciación? Y los Apóstoles mismos, incluso San Juan, ¿qué sabían acerca de los primeros treinta años de la vida de Jesús? Ellos podían hablar de los tres años últimos de la vida del Salvador, pero nada de aquellos que solo eran conocidos de María, pues San José había muerto.

Oportunamente dico á este propósito Augusto Nicolás: «Claramente se ve que es la Santísima Virgen María Madre de Jesús á la que el historiador sagrado nos muestra en el cenáculo, en unión con los Apóstoles perseverando en la oración, mencionando tanto más expresiva, cuanto que el que lo dice es San Lucas, el cual quiere expresar de este modo que ese testimonio proviene de María, de la cual nos dice en su Evangelio, hablando de la niñez de Jesús, que conservaba en su corazón todas las cosas relativas á Este. San Anselmo no duda de ello, llegando á decir (4):—

(1) San Ildefonso arzobispo de Toledo, en su sermón sobre la Asunción.

(2) San Juan, cap. XV, vers. 27. En el cap. I de su epístola 1.^a comienza San Juan diciendo lo mismo y en el vers. 3.^o añade: *Quod vidimus et audivimus annuntiamus vobis.*

(3) Comienza San Lucas su Evangelio diciendo: «Por cuanto muchos han intentado coordinar la narración de las cosas que entre nosotros han ocurrido, según la tradición que nos han dejado (*sicut tradiderunt nobis*) los que fueron desde el principio ministros ó encargados de llevar la palabra.»

(4) Libro de excel. Virg.

«Aunque descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, muchos grandes misterios se les revelaron por medio de María.»

«Dios, que según hemos dicho aprovecha para sus altos fines cuanto bueno existe en los medios humanos, que empleaba el testimonio de los Apóstoles después de haberlo depurado de su nativa rudeza, no hubiera suprimido seguramente el testimonio de la más santa de las criaturas, la mejor informada y la más fiel.»

Cita en seguida el testimonio de uno de los más antiguos expositores, el Abad Ruperto, que llega á decir: «Tu voz, ¡oh María! fué para los Apóstoles la voz del Espíritu Santo, pues que de tu segura religiosa boca escucharon todo lo que era necesario suplir ó atestiguar en confirmación de aquellos sentidos de cada uno que del Espíritu Santo mismo habían aprendido (1).»

En los veintitres años que María vivió sobre la tierra después de la muerte de su Hijo, alcanzó á ver cumplidas algunas de las profecías, y también el principio de las guerras que asolaron á la Palestina y con ellas el castigo providencial de la ciudad y de la gente Deicida y maldita.

La ruina de Jerusalem y el castigo de los Judíos habían sido profetizados por Jesús á los cristianos, y no sin amargas lágrimas, advirtiéndoles que con tiempo huyesen, como lo hicieron. De aquí la necesaria dispersión de los Apóstoles para predicar el Evangelio por varias regiones, siquiera Dios les librara del dolor de ver la ruina de su país y más adelante los horrores del sitio de Jerusalem. La tradición oriental supone que María pasó á Éfeso (2). La particular de nuestra Iglesia española añade á esto la despedida especial de Santiago y la venida de Ella á Zaragoza, visitándole á orillas del Ebro durante una noche. Pero esto segundo pertenece á la historia particular de las relaciones de María con nuestra Iglesia y el culto especial de aquella en nuestra patria.

XXXIX.

LA ASUNCION AL CIELO.

Assumpta est Maria in caelum, gaudent Angeli, laudantes benedicunt Dominum.

(La Iglesia en la antifona 1.^a del rezo de la Asunción.)

La Sagrada Escritura nada dice acerca de la muerte de la Santísima Virgen. *Tránsito* llamaron nuestros mayores á su fallecimiento con expresiva frase, pues ni

(1) *Rupertus*, libro 1.^o in Cantic.

(2) Esta tradición se tiene por muy dudosa y por invención de los griegos, muy aficionados á contar siempre maravillas de su tierra: ya san Jerónimo hablaba de las fabulillas griegas. Si la ruina de Jerusalem no ocurrió hasta quince años después de muerta la Virgen María, no pudo ser este bastante motivo para que aquella saliera de Jerusalem.